

43
C.

DP 193

.15

C6

Reservados los derechos de propiedad literaria.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



EL MARQUÉS DE MORA

I

.... jugó, perdió salud y bienes.
Y sin tocar a los cuarenta abríes,
La mano del placer le hundió en la huesa.

JOVELLANOS.

EN 1769 brillaban, así en los salones de París como en la corte de Versalles, dos ilustres españoles: el Marqués de Mora y el Duque de Villahermosa. El primero, primogénito del Conde de Fuentes, Embajador del Rey Católico en la corte de Francia, contaba veinticuatro años; el segundo, agregado a la Embajada de España desde seis años antes, rayaba ya en los cuarenta. Sospechoso era, ciertamente, y poco recomendable para la moral y la piedad cristiana, brillar y distinguirse en

aquel vasto escenario, el más resbaladizo y corrompido de la Europa de entonces; porque nunca como en aquel tiempo puede aplicarse a la babilonia de París el calificativo de *Universidad de los siete pecados capitales*, que más de un siglo después había de darle un grande hombre.

Dos faros luminosos, pero de luz diabólica y siniestra, alumbraban en aquella época la alta sociedad francesa: Voltaire y la Du Barry, la soberbia y la carne; los dos ojos del demonio, fijos en un solo punto, la sociedad de París, para magnetizarla y subyugarla y extender o mantener luego su dominio sobre toda la Francia y sobre toda la Europa, y aun sobre el mundo entero. Imperaba la una en la Corte, dictaba el otro sus leyes desde Ferney al mundo filosófico, y las corrientes de elegante depravación que de aquélla venían, y las de pedantesca impiedad que manaban de éste, fundíanse en una sola catarata que pretendía anegar, sabiéndolo y queriéndolo todos, el dogma y la moral católica, y había de derruir, sin saberlo y sin quererlo muchos, el trono y el orden social reinantes; porque la piedra fundamental de toda sociedad ha sido siempre la piedra de un altar y cuando, esta piedra se

remueve o se derrumba, la sociedad se remueve también o se derrumba con ella.

El 24 de Junio de 1768 entregó su santa alma a Dios la buena reina María Leczinska, en aquella crapulosa corte de Versalles, donde había vivido siempre pura y aislada como una flor en mitad de un pantano. Era aquella la tercera vez que en el espacio de dos años y medio visitaba la muerte el palacio de Versalles: el Delfín Luis y la Delfina María Josefa de Sajonia, padres de Luis XVI, habían muerto durante este tiempo, sin que logaran tan tremendos golpes arrancar a Luis XV, viejo ya, de cincuenta y ocho años, de aquella vida de libertinaje insensato que ha inmortalizado el *Parc aux Cerfs* como una inmunda picota en que la historia hubiese grabado su nombre. A los veinte días de muerta la reina María Leczinska, la desvergonzada modistilla Juanita Bécu, disfrazada de Condesa Du Barry, reemplazaba en el escalafón de las regias vergüenzas de Luis XV a la Marquesa de Pompadour, como ésta había reemplazado años antes a la Duquesa de Châteauroux. Federico de Prusia, el Rey filósofo y taimado, cuyas bufonadas hacían reír a toda la Europa, bautizó a esta cronología de barraganas ilustres con

los nombres de Cotillón I, Cotillón II y Cotillón III.

Grande fué la opsción del Duque de Choiseul, Ministro entonces, a que la Condesa Du Barry fuese presentada en la Corte. Triunfó, al fin, la favorita, y verificóse la presentación oficial el 22 de Abril de 1769, ocupando desde luego la intrusa en el segundo piso del palacio de Versalles un lujoso departamento situado justamente sobre las habitaciones que el Rey mismo ocupaba. Cuéntase que cuando un año después llegó a Versalles la Archiduquesa María Antonieta, Delfina ya de Francia, Luis XV en persona la presentó a la Du Barry. La angelical Delfina, que aún no contaba catorce años, y jamás había encontrado en la severa patriarcal corte de la gran María Teresa mujeres semejantes, preguntó ingenuamente a su camarera mayor, la Marquesa de Noailles:

—¿Y qué cargo tiene en la Corte esa Condesa Du Barry?

Turbóse un momento la de Noailles, viendo en aquella pregunta el peligro tras la inocencia, y contestó al cabo con aplomo de palaciega veterana.

—El de divertir al Rey, señora.

La presentación de la Condesa Du Barry

tomó las proporciones de un acontecimiento europeo, y dividió la corte de Versalles en dos bandos contrarios. Formaba uno el partido de Choiseul, *loco de mucho talento*, como le llamaba Benedicto XIV; hombre alegre, según Jobez, que tomaba los negocios públicos como una diversión que halagaba su vanidad y distraía sus ocios. Enfrente estaba la Du Barry, sirviendo de pantalla, a la vez que de instrumento, al Duque de Aiguillon, al abate Terray y al canciller Maupeau. La impiedad y la ignorancia era igual por ambas partes, y la Fontaine hubiera dicho con razón.

D'animaux malfaisants c'était un fort bon plat (1).

Breve fue la lucha; el abanico de la Du Barry pudo más que la espada de Choiseul, y un día, madura ya la intriga, participó la favorita a Luis XV que había despedido a su cocinero, y añadióle con sus chabacanas gracias de modista injerta en condesa:

—Conque ya ves, Francia, que he despedido a mi Choiseul... ¿Cuándo despides tú al tuyo?...

Luis XV obedeció al deseo de la Du Barry,

(1) Era un excelente guisado de animales dañinos.

y el 24 de Diciembre de 1770 escribía a su ministro lo mismo que la favorita hubiera podido escribir a su cocinero:

«Primo mío:

»El desagrado que me causan vuestros servicios me obligan a desterraros a Chanteloup, para donde saldréis en el término de veinticuatro horas. Mucho más lejos os enviaría si no tuviera en cuenta el aprecio particular que la señora de Choiseul me merece, cuya salud me interesa en extremo. Cuidad de que vuestra conducta no me obligue a tomar otra determinación. Pido a Dios que así sea, primo mío, y que os tenga en su santa guarda.

»*Firmado:* Luis.»

Al Ministerio de Choiseul sucedió el del Duque d'Aiguillon, formando parte el abate Terray, el canciller Maupeau y el señor de Boynes. A poco circulaba por París, y llegaba a Versalles, el siguiente epigrama, harto exacto por desgracia:

Amis, connaissez-vous l'enseigne ridicule
Qu'un peintre de Saint-Luc fait pour les parfumeurs?
Il met dans un flacon, en forme de pilules,

Boynes-Maupeau-Terray, sous leurs propres couleurs;
Il y joint d'Aiguillon, et puis l'intitule:
Vinaigre des quatre voleurs! (1).

El Duque de Choiseul salió para Chanteloup, soberbio Palacio construido por la Princesa de los Ursinos no lejos de Amboise, y vióse entonces el extraño caso, rara vez registrado en los anales de una Corte, de la fidelidad siguiendo a la desgracia. Los más altos personajes de la nobleza, del ejército y la magistratura corrieron a despedir al Ministro caído, y el Conde de Fuentes, Embajador de Su Majestad Católica, y tan acérrimo partidario de Choiseul, que se negó por mucho tiempo a despachar personalmente con d'Aiguillon, acudió también presuroso, con su hijo el Marqués de Mora, a dar al desterrado un último abrazo.

No paró aquí la cosa: el primer viento revolucionario, *viento de Fronda*, como le llama el Conde de Ségur en sus Memorias, comenzaba ya a soplar en París, manifestándose en sistemática oposición a la Corte. La peregrina-

(1) Amigos, ¿habéis visto la extraña muestra que un pintor de San Lucas ha hecho para los perfumistas?... Ha pintado con sus propios colores a Boynes, Maupeau, Terray y d'Aiguillon dentro de un frasco, en forma de pildoras, y encima ha puesto un rótulo que dice: ¡Vinaigre de los cuatro ladrones!

nación a Chanteloup púsose de moda, y en su magnífico parque, no lejos de una bella pagoda levantada por el mismo Duque, erigióse una columna, donde los ilustres peregrinos esculpian sus nombres, como muestra de protesta contra el Rey y de afecto al desterrado. Esta columna puede considerarse como el primer monumento revolucionario, y, sin duda porque Dios ciega a los que quiere perder, fue levantada por aquella misma nobleza que había de sufrir las primeras y más terribles consecuencias de la Revolución. Conservóse intacta hasta 1821, en que el Palacio de Chanteloup fue destruído por completo, y entre los mil nombres ilustres en ella grabados, leíanse los del Conde de Fuentes, Embajador de España, y su hijo primogénito, el Marqués de Mora.

Creció con todo esto la importancia de París, a medida que menguaba en consideración la Corte, y aquella *cabeza* que encontraba ya Enrique III *demasiado gruesa*, trocóse en cabeza monstruosa, que llevaba dentro de sí todos los delitos del vértigo. Los filósofos pusieron la impiedad de moda, tornáronse en *esprits forts* los *bells esprits*, tan encomiados en Francia, y hasta aquellos petimetres insustanciales, abates frívolos y damiselas presumidas,

que corrían antes de salón en salón cargados con enormes sacos llamados *ridículos*, en que llevaban un verdadero arsenal de labores, estuches, costureros, juguetillos, cajas de lunares, de colorete, de tabaco, de bombones, de olores, de pastillas; que ocupaban su vida entera en contar historias, entonar arietas, recortar estampas, bordar en tapicería, deshilar charcados, descifrar logogrifos y componer charadas, erigieron también en Areópago, riéndose de Cristo y de su Iglesia, y repitieron en tono de madrigal las horrendas blasfemias que esparcían Voltaire desde Ferney, y Diderot y D'Alembert desde los salones más famosos.

Porque en ellos, y a la sombra de las mujeres políticas, sabias o pretenciosas, era donde la impiedad había entronizado sus cátedras, y entonces comenzaron aquellos *soupers* tan característicos de la época, que igualaban en lubricidad a las escandalosas cenas del Regente, y establecieron la comunicación íntima de trato, de ideas y de sentimientos entre los filósofos y los grandes señores. «Los filósofos, dice un autor, eran los héroes del día; aún no habían penetrado sus doctrinas en las masas populares, pero en la aristocracia, en la alta magistratura, en la clase media rica y en el mun-

do de las letras y la banca, eran ellos los señores, y hablaban recio y sin recato. Encontrábaseles en todas las academias, en todos los palacios de la alta nobleza, en todas las fiestas y cenas elegantes, y aun se acusaba a ciertos prelados de fraternizar con ellos. Había pasado la moda de los petimetres para dar lugar a la de los filósofos, y tan indispensable era en un salón de buen tono uno de éstos con todas sus ideas subversivas, como una araña con todas sus bujías.»

La Harpe imperaba en el salón de la orgullosa Mariscala de Luxembourg, el más aristocrático de su tiempo, donde conservaba ella intacto el fuego sacro de la proverbial urbanidad francesa. Las Duquesas de Choiseul y de Grammont, la Princesa de Beauvau, la Condesa de Bouffleurs y otras muchas grandes señoras de la corte, tenían a gala reunir en sus salones a los oráculos de la filosofía, Condorcet, Diderot, Marmontel, Chamfort, Raynal, D'Alembert, Helvetius, Holbac, y alimentaban ellas mismas el incendio que había de devorar la sociedad entera, considerándolo como un pasatiempo, una distracción, una elegancia, unos lindos fuegos artificiales que tenían la plácida brillantez de una luz de Bengala.

Había, sin embargo, una razón que el cinismo de la época ponía a la vista, sin que fuera necesario ir a buscarla en lo más recóndito de aquellas almas. El libertinaje buscaba un salvoconducto en la impiedad. Dios estorbaba, y preciso era suprimirlo, porque debajo de todo aquel brillante conjunto, que la elegancia encubría con plumas y encajes, y la filosofía con chistes blasfemos y pedantescas sentencias, había una sola cosa, un sólo interés común entre hombres y mujeres: carne.

Y no se limitaban los filósofos a vivir de prestado en los salones aristocráticos; tenían también sus salones propios, donde los dueños eran ellos, y los grandes señores los convidados. Era el más antiguo el de la vieja Marquesa Du Deffand, aristócrata de raza, la *mujer Voltaire*, como la llamaron en su tiempo, ciega de los ojos del cuerpo y también de los del espíritu. Clavada día y noche en el sillón, que llamaba *su tonel*, era aquella vieja extraordinaria el árbitro de las reputaciones, el alma de un centro filosófico y político a que acudían los diplomáticos extranjeros en busca de la solución de todos los enigmas, y el hilo de todas las intrigas.

Seguía luego el salón de Mlle. de Lespinas-

se, la amiga harto íntima de D'Alembert, con quien vivía, mujer liviana y ardiente, que encontraremos más adelante, pues sus celebrados amores con el Marqués de Mora, fueron los que labraron a éste la reputación de *grande hombre* que los entusiastas modernos del filosofismo le atribuyen.

Mas el salón característico de aquella época, el que puede considerarse como una verdadera institución del siglo XVIII, era por aquel entonces el de Mme. Geoffrin. Fue esta mujer de obscurísimo nacimiento, casada con un fabricante de espejos, hombre de tan cortas luces, que, leyendo un tomo de la *Enciclopedia*, impreso en dos columnas, hacía saltando de la línea de una a la línea de otra, y aseguraba después haber encontrado el libro *muy bueno, aunque algo abstracto*; marido de tan escasa importancia en su propia casa, que, echándolo de menos después de una larga ausencia cierto personaje asiduo tertuliano de su esposa, preguntó a ésta:

—¿Qué ha sido de aquel señor viejo que se sentaba siempre al extremo de la mesa y no hablaba nunca con nadie?...

—¡Ah! Ya sé quién dice usted —respondió Mme. Geoffrin—. Ha¹ muerto.

—¿Sí?... Y ¿quién era?...

—Mi marido.

No era Mme. Geoffrin más letrada que éste, y cuantos contemporáneos hablan de ella, la presentan siempre ignorante hasta el punto de desconocer la ortografía. Exacta apreciación ésta que podemos comprobar con un billetito suyo autógrafo, dirigido al Duque de Villahermosa, que tenemos a la vista. Consta de once líneas; infórmase en ellas con gran interés de la salud del Marqués de Mora, y come-
te en tan breve espacio catorce faltas de ortografía.

Y, sin embargo, esta mujer ignorante, sin talento, sin belleza, sin juventud, porque en la época a que nos referimos contaba ya setenta años, había fundado un salón célebre en toda Europa, donde tuvo realmente lugar la íntima y funesta alianza de los grandes señores con los falsos filósofos, comunicando éstos a aquéllos sus impías máximas, siguiendo a aquéllos éstos en sus depravadas costumbres y su elegante libertinaje. El rey de Polonia, Estanislao Paniatowski, que durante su permanencia en París había frecuentado mucho el trato de Mme. Geoffrin, llamábala *su querida mamá*; Catalina II y Federico de Prusia la

escribían familiarmente, y hasta María Teresa, la grande y piadosa María Teresa, el *único rey*, según un historiador, que ocupaba entonces un trono en Europa, hizo detener su carroza en mitad de las calles de Viena para saludar al paso a la *fabricante de espejos*.

Las recepciones de Mme. Geoffrin eran diarias, y a ellas acudían las damas más ilustres de la corte. Dos veces por semana, lunes y miércoles, celebrábase aquellas famosas comidas de hombres solos, que ella presidía, y en las cuales sólo tenía entrada otra mujer: Mlle. de Lespinasse. Los lunes reunía a los artistas, y los miércoles a los escritores: a estos últimos, por una extravagancia cuyo origen no hemos podido averiguar, ni tampoco comprender, regalaba invariablemente la vieja anfitriona un gorrito de terciopelo. La mesa de Mme. Geoffrin no era muy espléndida: Marmontel, que tantas veces se sentó a ella, dice: «Las viandas exquisitas no abundaban; reducíase todo, ordinariamente, a un pollo, espinacas y una tortilla.»

Semejante notoriedad en tal mujer, observa uno de sus biógrafos, hay que explicarla siempre por alguna cosa... En otro país cualquiera, creemos nosotros, sería necesario este tra-

bajo; mas en Francia, bastará quizá recordar aquella pincelada maestra con que al pintar Tito Livio a los galos de su tiempo, retrató a los franceses de todas las épocas: «*Nata ad vanos tumultus gens*» (1). Por otra parte, y aquí está la explicación que el biógrafo busca, la industria de los espejos daba mucho. Madame Geoffrin era rica, y era también quien suministraba con mano generosa los fondos necesarios para la costosa obra de la *Enciclopedia*. Nada tiene, pues, de extraño que los enciclopedistas ensalzaran y se agruparan en torno de aquella extraña vieja, en cuyos bolsillos habían encontrado el manantial de Pactolo. Cuando se leen las entusiastas alabanzas de Mlle. de Lespinasse a Mme. Geoffrin, en su continuación al *Viaje sentimental* de Sterne, debe tenerse en cuenta que la heroína ensalzada pasó por muchos años una pensión de mil escudos a la autora del panegírico, como las pasó también a otros muchos, Tomás y Marmontel entre ellos, al cual último solía llamar *querido vecino*, porque le daba albergue en su propia casa.

Esta era la sociedad, así en Versalles como

(1) Gente nacida para entusiasmos inmotivados.

en París, donde vivían y brillaban el Marqués de Mora y el Duque de Villahermosa, y en aquellos salones vieron sin espanto adelantarse y tendieron ellos mismos la mano a la Revolución, vistiendo ésta casaca de terciopelo y chorrera de encaje antes de vestir la carmagnola, caminando sobre los tacones encarnados de los elegantes de la Corte, antes de cobijarse bajo el gorro rojo de los *sans-culotte* del noventa y tres.



II

SIGUIENDO la carretera antigua de París a Ginebra, encuéntrase a mano izquierda, al pie del Jura y a la vista ya de los Alpes de Saboya, un modesto pueblecillo, Ferney, que alcanzó en esta época que hemos descrito, universal y funesto renombre.

Allí vivía Voltaire, en compañía de su sobrina Mme. Denis, desde que Federico II, cansado de él, le arrojó de su Corte en 1758, haciéndole registrar antes el equipaje, como se registra el de un lacayo ratero.

Alzábase entonces, y aún subsiste hoy a la derecha del camino, el gran *Château Ferney*, morada del famoso *enemigo personal de Cristo*: era un edificio de un solo piso, construido sobre alto peristilo con sendas escalinatas y